

estas regiones. Si V. lo medita, en ello hallará la explicación de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, en esta desdichada Monarquía.

---

BERLIN, 22 de Abril de 1849.

Muy señor mío: La declaración explícita que acaba de hacer la Prusia, de no reconocer la Constitución alemana, ha sido asunto ayer de una discusión acalorada en la Cámara segunda. M. Robertus, diputado de la izquierda, hizo una moción que constaba de tres párrafos: los dos primeros dirigidos á censurar al Gabinete por su conducta en la cuestión Alemana, y el último consagrado á declarar, que la Constitución votada en Francfort es obligatoria de hecho y de derecho para todos los pueblos alemanes, sin que sea necesario el requisito de su aceptación previa. Aunque el significado de estos tres párrafos era uno mismo, la Cámara, anárquica como siempre, desechó los dos primeros, y aprobó el tercero; lo más singular es que la derecha contribuyó á dar la mayoría á la izquierda en la votación última; cosa verificada ya por segunda vez, y que contribuirá á dar á V. una idea de la confusión que reina en las Cámaras prusianas. Obligado el Gobierno á tomar parte en esta discusión, el Presidente del Consejo de Ministros declaró de una manera explícita y perentoria, que los Ministros no podrían aconsejar á S. M. la aceptación de una Constitución demagógica, que imposibilitaba todo género de Gobierno. Hay, pues, guerra abierta, lucha declarada entre el Gobierno y la Cámara segunda: esto no obstante, ni el Gobierno se va, ni la Cámara se disuelve; y despreciando soberanamente el primero á la segunda, y la segunda al primero, cada cual sigue im-

pávidamente su camino: para los Ministros la Monarquía, por ser representativa, no ha dejado de ser absoluta: para los Diputados, aunque la Prusia es una Monarquía en el nombre, no por eso deja de ser una república verdadera: y cada cual obra en conformidad de sus principios, sin cuidarse de los principios del otro; estas dos parcialidades caminarán en líneas paralelas, hasta que llegue el día en que, por un movimiento mutuo de conversión, se encuentren frente á frente con las armas en la mano.

Entretanto la situación general se simplifica y esclarece. La declaración de la Prusia hace imposible la unidad bajo la forma de un Imperio: su forma en adelante será la republicana. La lucha va á estallar entre la República y la Monarquía. La Alemania, sólo siendo republicana, podrá ser una. Importa, pues, averiguar las fuerzas respectivas de los partidos en ese gran duelo entre los demagogos y los Reyes.

La cabeza de la República está en Francfort, y puede tenerse por seguro que los Reyes van á cortar esa cabeza. Para cortarla no necesitan de otra cosa, sino llamar á sus diputados. El Austria los llamó ya: remisos al principio en obedecer, en su gran mayoría se han mostrado al cabo obedientes: de los ciento diez austriacos que tienen asiento en la Asamblea de Francfort, noventa y siete han abandonado ya la Asamblea. La Prusia va á llamar á los suyos: la Baviera seguirá el mismo camino. Ahora bien: sin los Diputados austriacos, prusianos y bávaros, la Asamblea de Francfort no puede reunirse en número legal, y queda de hecho y de derecho disuelta. Sin embargo, grande sería el error de los que creen que la revolución, por quedar descabezada, quedará de todo punto vencida. Su espíritu vive en todas las Asambleas populares; y las Asambleas populares están muy lejos de morir en Alemania; su fuerza es grande y destructora. Esas Asambleas tienen dos poderosos ejércitos: el húngaro y las muchedumbres: las muchedumbres para combatir en las ciudades populosas; el húngaro para dar batallas campales.

Con este motivo, creo oportuno llamar la atención de usted

hacia el nuevo giro que la cuestión húngara ha tomado de algún tiempo á esta parte. Esta cuestión, que se presentó al principio como muy sencilla, es hoy día muy compleja. Los húngaros no son un puñado de rebeldes: son un pueblo que pelea por su nacionalidad, y á quien la desesperación inspira, al combatir por la independencia de sus hogares. Semi-heroico y semi-bárbaro, parapetado en un suelo sembrado de lagunas anchas y de pantanos inaccesibles, y favorecido hasta por su cielo inclemente, ese pueblo es capaz de grandes cosas. La guerra que sostiene contra el Austria, trae involuntariamente á la memoria la que sostuvo poco tiempo ha el pueblo vasco-navarro contra las fuerzas congregadas de nuestra Monarquía. Igual es su ardor en el ataque, igual su tenacidad en la resistencia, igual su paciencia en las privaciones, igual su serenidad en los peligros. El ejército que le sirve, es aguerrido y numeroso, y está mandado por hábiles capitanes. Ese ejército, por la fuerza misma de las circunstancias, es hoy día el ejército de la demagogia europea. Su triunfo sería el triunfo inevitable de la demagogia en la Polonia y en la Alemania; y por la Alemania y por la Polonia, en el mundo. Los magiars fueron los autores de la insurrección de Viena, los tentadores de Carlos Alberto en Turín, los instigadores de la resistencia en Venecia. Enemigo irreconciliable del Imperio austriaco, y poseído de uno de aquellos odios inmensos que la historia consigna como un prodigio de vez en cuando en sus anales, cada magiar ha hecho en su corazón, contra el Austria, el mismo implacable juramento que Mitrídates y Aníbal contra Roma.

La lucha, pues, habrá de ser larga, laboriosa y terrible, si la Rusia no arroja la máscara, y no interviene en la contienda con mayores fuerzas de las que tal vez pueden consentir las grandes Potencias europeas en las circunstancias actuales.

Mientras esa lucha no tenga término, las fuerzas del Austria estarán neutralizadas de todo punto. Por otra parte, hay que considerar que si la Prusia y el Austria están ya lejos de combatirse, están todavía muy lejos de entenderse.

El Austria desearía el *statu quo* alemán: no pudiendo conservar-le, aspiraría á la Constitución de un Directorio federal, con una Presidencia alternativa del Austria y de la Prusia. La Prusia, por su parte, si bien renuncia al Imperio alemán y á la Constitución alemana, desearía constituir en provecho suyo un gran Protectorado, de acuerdo con los Príncipes alemanes. A esto es á lo que Prusia da el nombre de *Estado federativo*. El resultado final de este conflicto no es para mí dudoso. La Alemania se dividirá en dos grandes grupos: el grupo protestante y el católico, el del Norte y el del Mediodía; y en dos grandes Protectorados: el del Austria sobre el grupo meridional y católico, y el de la Prusia sobre el grupo septentrional y protestante.

Esta divergencia entre las dos grandes Monarquías alemanas las constituye, sin embargo, por de pronto en una debilidad radical y permanente, y da nuevos bríos á la revolución, que se apresta resueltamente á la batalla. Hay quien piensa que las rivalidades y competencias entre estas dos poderosas naciones no aflojarán, ni aun ante el espectáculo de la revolución, amenazando en todas partes á los tronos: si los que así piensan, aciertan en su cálculo, las probabilidades de la victoria están todas de parte de las revoluciones: otros, por el contrario, creen que ambas Monarquías aplazarán su duelo para tiempos más bonancibles: si los que esto creen, van acertados, aún hay motivos fundados de esperanza.

De todas maneras, lo que aquí hay de seguro, es que comienza para la Alemania una época llena de peligros y de azares.

Yo no terminaría mi propósito de hoy, si no llamase la atención de V. privilegiadamente hacia las cosas de esta parte del mundo. El cetro de la dictadura europea me parece que se ha caído de las manos de las razas latinas, y ha pasado á las razas alemanas y esclavonas. Las cosas de Italia, que tan fuertemente han llamado la atención de los españoles, no tienen, si se exceptúan por causas especiales las de Roma, ni im-

portancia, ni influencia ninguna. El triunfo del orden en Florencia, en Milán, en Nápoles y en Turín, siendo como es un suceso venturoso, no contribuirá en gran manera al restablecimiento definitivo del orden en Europa; así como el triunfo de la demagogia en todas esas capitales no hubiera puesto en trance de muerte á las otras monarquías. La Francia misma parece caminar apresuradamente, si no ha llegado ya, al término de una prodigiosa decadencia. De hoy más, la Europa habrá de recibirlo todo, el bien como el mal, de las razas que se conmueven y se agitan de esta parte del Rhin: la monarquía, de las esclavonas; ó la república, de las alemanas.

---

BERLÍN, 26 de Abril de 1849.

Muy señor mío: La oposición ha crecido de tal manera, según mis predicciones, en la Cámara segunda, que forma ya una verdadera mayoría. En la sesión de hoy, consagrada á tratar la grave cuestión del estado de sitio de Berlín, la Cámara ha votado una enmienda concebida en los términos siguientes:

- 1.º El estado de sitio sin anuencia de las Cámaras es ilegal.
- 2.º La Cámara no presta su anuencia al estado de sitio de Berlín.

Los dos párrafos han sido aprobados; el último no sé todavía por qué mayoría; el primero por una mayoría de 40 votos.

La gravísima cuestión que surge de este estado de cosas, consiste en averiguar si las autoridades locales obedecerán al Gobierno, ó á la Cámara, en este negocio arduo y peligrosísimo.

Entretanto, siendo cosa de todos sabida que la no aceptación del Rey, de la Constitución de Francfort, es obra en su mayor parte del Conde de Arnim, ha venido éste á ser el blanco de todos los tiros, hasta el punto que su existencia ministerial está más que comprometida á la hora en que estas líneas escribo. Sin embargo, por una de aquellas contradicciones, tan frecuentes de la parte acá del Rhin, no se trata de manera ninguna de sacrificar el sistema, sino de sacrificar la persona.

El Rey ha llamado á M. de Radowitz, diputado en la Asamblea de Francfort, con quien le unen grandes y estrechas relaciones personales, y que será probablemente el nuevo ministro de Estado, si el conde de Arnim llega á retirarse de los negocios.

Si esta mudanza se verifica en el sentido que acabo de indicar, ya tendré ocasión de decir á V. algo consagrado exclusivamente á la persona de M. de Radowitz, ignorada de V. como de mí antes de llegar á esta capital, y que es sin embargo una de las personas mas notables hoy, no sólo en la Prusia sino en toda la Alemania; no sólo en toda la Alemania sino en toda la Europa; no sólo en toda la Europa sino en el mundo.

La gravedad de la cuestión que se ventila entre el ejército Imperial y el Magiario-Polaco, sobre la cual ya he llamado la atención de V. anteriormente, crece por momentos. Según las noticias recibidas hoy del teatro de la guerra, y que parecen probables, los imperiales han abandonado á Pesth. Si esta noticia es cierta, todo vuelve á estar en cuestión. El movimiento reaccionario de Italia y de Francia no significa nada absolutamente. El ejército Magiario-Polaco es el ejército verdaderamente trastornador y socialista de la Europa; su triunfo sería el triunfo inevitable de todos los elementos desorganizadores que hoy se agitan ciega y confusamente en el Universo.

Porque tengo esta creencia, me parecería convenientísimo que el Gobierno español, si quiere estar preparado para todas las eventualidades, apartase por ahora los ojos de las razas latinas, para ponerlos en las alemanas y esclavonas. Estas

serán hoy, como han sido en otros tiempos, las razas de las grandes soluciones. El nudo de la cuestión está, como ya otra vez he escrito á V., en la conducta que adopte la Rusia.

---

BERLÍN, 1.º de Mayo de 1849.

Muy señor mío: El acto de la disolución de la segunda Cámara ha obligado al ministerio á tomar francamente su partido en las graves cuestiones que agitan á la Prusia, á la Alemania y á la Europa. El tiempo de las frases ambiguas, de la marcha vacilante, de la conducta equivocada y contemporizadora, ha pasado para todos: se trata de prepararse á la lucha, que será encarnizada y terrible, y de vencer ó sucumbir en esa lucha de gigantes.

De las tres cuestiones que acabo de mencionar, la más angustiosa y apremiante es la cuestión alemana. El ministerio me parece resuelto á acabar con la Constituyente de Francfort; para llevar á cabo su propósito ha comenzado por pasar una nueva nota á su representante cerca del Vicario del Imperio, en la cual expone una por una las causas que le impiden reconocer la Constitución alemana. Esta nota, considerada en sí misma, nada de nuevo contiene: su importancia nace de haber servido de ocasión á una circular dirigida á todos los representantes de Prusia en los Estados alemanes, en la cual, al acompañarles la nota referida, manifiesta el conde de Arnim que, vista la imposibilidad de ponerse de acuerdo con la Asamblea de Francfort, invita á todos los Príncipes á que autoricen á todos sus representantes cerca de la corte de Prusia, á abrir conferencias en Berlín sobre la reorganización de la Alemania. Esta propuesta, que será aceptada sin ningún género de duda,

se encamina, como V. puede conocer, á sacar la cuestión de las manos de los demagogos, poniéndola en la de los diplomáticos, y á trasladar el supremo arbitraje de la Asamblea Constituyente á los poderes constituidos, de la democracia á los Reyes. El Gobierno no ignora que la Asamblea luchará bravamente antes de sucumbir; y en esta previsión piensa acudir á sus heroicos remedios, como serían el llamamiento de sus diputados, la traslación del Vicario del Imperio á Maguncia ú otro punto seguro; y, por último, la ocupación de Francfort por la fuerza armada. Ninguna de estas providencias está acordada todavía; pero todas ellas son asunto de solemne discusión y de empeñadas deliberaciones.

Por lo que hace á la cuestión prusiana, el Ministerio ha resuelto alterar la ley electoral en un solo punto, que es esencialísimo: por la ley están excluidos del derecho activo y pasivo de elección los que dependan de otro: el Gobierno, haciendo uso de la potestad legislativa que bajo su responsabilidad puede ejercer con arreglo á un artículo de la Constitución, se propone determinar quiénes deben entenderse sujetos á otros, y quiénes deben ser considerados como independientes; á favor de cuya interpretación cree que podrá hacer de manera que no vengán á la Cámara sino personas de responsabilidad y de conocido arraigo.

Por último, en la cuestión europea, el Gobierno me parece resuelto, vista la gravedad de la situación, á pasar del desvío á la amistad, y de la amistad á la alianza con el Austria y con la Rusia. La Rusia por su parte (y de todos los acontecimientos europeos, este me parece el de más trascendental importancia) se inclina visiblemente á abandonar su política expectante, y á intervenir resueltamente en los negocios de Europa, y señaladamente en los alemanes. La Rusia cree que los días de su longanimidad han pasado; que sin faltarse á sí propia no puede resignarse á dejar de ser una Potencia europea para ser solamente una Potencia asiática: y cree que todo esto sucedería si dejara por más tiempo á la revolución correr desbocada